

La herencia del ENEC

MARÍA CARIDAD CAMPISTROUS
Santiago de Cuba

Tras pasados los umbrales del tercer milenio y en la celebración conmemorativa por los 20 años del ENEC, soplo de Pentecostés que abrió a la Iglesia en Cuba nuevos caminos de Evangelización, la C.O.C.C. aprobó el Plan Global de Pastoral 2006-2010 fruto del trabajo y la reflexión de nuestra Iglesia.

En este plan se combina novedad y continuidad. Lo nuevo son las actuales respuestas pastorales frente a las necesidades que emergen, y la continuidad entronca desde el ENEC cuando nuestra Iglesia sintió que debía “*promover su acción evangelizadora a través de un programa pensado, definido, claro en sus objetivos, fines y tareas, concreto en los medios... [y en cuya] planificación, ejecución y evaluación periódicos deben participar activamente obispos, sacerdotes, consagrados y laicos*” (n. 1157). Y los rasgos de la Iglesia que soñamos en 1986: MISIONERA, ORANTE y ENCARNADA, fueron retomados en el ECO y subyacen en el marco inspirador y las tareas de los Planes Pastorales que han animado la vida de nuestra Iglesia en la última década.

Y es que —como decía Juan Pablo II— “continuidad y renovación son una prueba de la perenne validez de la enseñanza de la Iglesia (...). Por un lado, es constante porque se mantiene idéntica en su inspiración de fondo (...). Por el otro, es a la vez siempre nueva, dado que está sometida a las necesarias y oportunas adaptaciones sugeridas por la variación de las condiciones históricas” (*Sollicitudo Rei Socialis* 3).

Más allá de las claras diferencias, evidenciadas en los diversos medios y líneas de acción, se puede descubrir en una mirada de conjunto un hilo conductor que se hace fuente y culmen del trabajo pastoral, y una



línea de continuidad que va progresivamente profundizando en el aquí y el ahora de la realidad cubana. Esta profundización atesora, como marco referencial, las dos ilusiones con que nace el ENEC: ser imagen fiel de nuestro Maestro, Jesucristo, y servir mejor a nuestro pueblo cubano.

El hilo conductor: la preocupación por la persona humana

El ENEC, fruto de la Reflexión Eclesial Cubana de nuestra Iglesia que vivía en comunidad de historia y de destino con el pueblo, no ahogó las *razones* del corazón para reflexionar con la cabeza, y sintiendo “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias” de la mujer y el hombre cubanos, optó por encarnarse en la realidad patria —con todas las exigencias que implica la encarnación verdadera—, teniendo como marco doctrinal los frutos del Concilio Vaticano II y la Conferencia de Puebla. Y esta preocupación concreta y precisa se aprecia —como continuación— en las prioridades escogidas en los Planes Pastorales.

De la reflexión del ECO, vivida en el contexto de la Conferencia de Santo Domingo, nace el primer Plan Global de Pastoral de la Iglesia cubana (1997-2000), que quiere acompañar a la persona del cubano que busca sentido a la vida: sus prioridades evidencian esta preocupación: *Promoción humana, Formación integral y Comunidades vivas y dinámicas*.

Fruto del proceso vivido en la aplicación de este plan y la consulta realizada a las parroquias y nuevas comunidades de todas las diócesis de la Isla se elaboró el Plan Global 2001-2005, el cual mantuvo las prioridades del anterior, pero con nuevos matices que responden a la realidad del milenio que comienza, y al mismo tiempo sintoniza con el Plan Global del CELAM 1999-2003 según las directrices de la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*.

En este Plan que ahora presentamos, las prioridades anteriores quedan como campos de trabajo de los tres objetivos pastorales: *Espiritualidad cristiana, Identidad laical y Misión evangelizadora*. Hay una evolución en continuidad expresada en la profundización de la preocupación

desde una antropología de honda raíz cristocéntrica. Ya en el objetivo general —que conecta con la temática de la V Conferencia del CELAM— se evidencia este hilo conductor, desde comunidades renovadas que generan vida abundante para colaborar en la transformación de nuestra realidad y posibilitar una nueva esperanza.

La dignidad de la persona humana se convierte así en criterio que supera las limitaciones y contradicciones de las diversas ideologías y proyectos humanos.

El horizonte: una Nueva Evangelización

La preocupación por la persona humana que peregrina en Cuba tiene como horizonte comunicarle la Buena Nueva de Jesucristo. Ya en el ENEC nuestra Iglesia soñó con esa Nueva Evangelización, por eso optó por ser Misionera impulsando su acción pastoral más allá de las paredes de los templos. Por eso también había de ser una Iglesia Orante, “abierta a la libre y liberadora acción del Espíritu” que, al llevar el Mensaje comunica su propia y profunda experiencia.

La conciencia de la necesidad de esta Nueva Evangelización en nuestra Patria es clara, y se va perfilando cada vez más en los objetivos de los Planes Pastorales, y esto como una vía para redimir la dignidad humana del cubano.

De esta forma vemos cómo en el primer Plan Global nos propusimos: *impulsar la Nueva Evangelización con la fuerza del Espíritu Santo... para dar a conocer a Jesucristo, Evangelio del Padre, y así promover la dignidad humana*. Ya en el segundo el énfasis está centrado en el *Encuentro con Jesucristo Vivo, camino de conversión, de comunión y de solidaridad*.

Pero es en éste que ahora presentamos donde se asume y desarrolla en profundidad la exigencia de una Nueva Evangelización. Por ello queremos: Potenciar la misión y el discipulado desde comunidades renovadas que centren sus vidas en Jesucristo, y Cristo sólo estará en medio de la vida de nuestro pueblo si de forma audaz y sin reservas le lleva-

mos su Palabra. Para abrir las puertas de nuestros campos y ciudades, los católicos cubanos tenemos en María del Cobre la Estrella de la Evangelización.

El marco: Fidelidad a Cristo y a Cuba

Estas dos actitudes de fidelidad a Cristo y fidelidad a Cuba, fueron los dos ejes orgánicos del ENEC, como continuidad renovada de los ideales de la *Acción Católica Cubana*. Nuestra Iglesia quiere ser fiel a Cristo, de quien recibe su esencia y su misión; y también quiere servir a la Nación cubana: a su felicidad, a la unidad nacional, quiere ser fermento de reconciliación y contribuir a su desarrollo y crecimiento en humanidad.

Y esta doble fidelidad a la Iglesia y a la Patria marca con su impronta nuestros Planes Pastorales.

En el Plan 1997-2000, queríamos una formación que promoviera a la persona en su ser y su quehacer en la Iglesia y en la sociedad; unas comunidades que evangelizaran y fueran signos de amor y reconciliación entre nuestro pueblo; y una promoción que responsabilizara a las personas tanto en la acción pastoral como en la construcción de una sociedad mejor. Y en el Plan 2001-2005 —que fue profundización en el desarrollo del anterior— la formación favorecía la conversión generadora de una auténtica espiritualidad cristiana, y la Pastoral Social una sociedad más justa, la reconciliación fraterna y la participación en un proyecto común.

El “nuevo” Plan Global 2006-2010 se nutre de esta herencia no troncada. La Iglesia, que se sabe Pueblo de Dios, se sabe y se siente también pueblo cubano —con el que comparte sus sacrificios y esperanzas— lo ha confeccionado con la convicción de que en él ha de brindarle lo mejor de sí: su fe y su cubanía.

Hoy soñamos con una *espiritualidad* centrada en Jesucristo y encarnada, que cultive el espíritu misionero y exprese la dimensión social de la fe. Una espiritualidad en clave de esperanza. Queremos un *laicado* que, descubriendo su identidad desde la juventud y viviéndola en familia, sea

consciente de su vocación y misión, participe en la transformación de la realidad tanto eclesial como social. Queremos, como discípulos, vivir el mandato misionero fortaleciendo el trabajo evangelizador. Queremos, como discípulos, impregnar de espíritu misionero la vida de las comunidades, propiciando el encuentro con Jesucristo y descubriendo que ese esfuerzo lleva en sí una fuerza humanizadora.

Creemos que en este Plan perviven —con intensidad no superada por los anteriores— las ilusiones del ENEC. El mandamiento del Amor al que nos invita Jesús, encuentra en medio de nuestra peculiar situación social, su expresión como mensaje de esperanza para nuestro pueblo.

Queda ahora el desafío de asumir los nuevos horizontes que nos depara el futuro.

En esta época de *modernidades*, en la que se ha dado primacía a la acción sobre la reflexión, a la praxis sobre la teoría y a los cómo sobre los porqué, la Iglesia nos llama a recordar la importancia impostergable de encarnarnos en la realidad que vivimos —aquí y ahora— dejando atrás el facilismo para vivir y sentir con nuestros hermanos los cubanos todos, de cualquier tipo de sentir y pensar. Nos llama también a orar la vida misma para ser testigos de Jesucristo, y nos impulsa a la misión que despliega su horizonte y evita el encerramiento en sólo tareas intraeclesiales. “La Iglesia llama a todos a encarnar la fe en la propia vida”, nos dijo Juan Pablo II en Santiago de Cuba.

La fidelidad a la que estamos llamados se vive desde la renuncia.

Dulce María Loynaz, quien supo vivir con el alma encarnada en la Patria, decía:

Sólo clavándose en la sombra,
chupando gota a gota el jugo vivo de la sombra,
se logra hacer para arriba obra noble y perdurable.
Grato es el aire, grata la luz
pero no se puede ser todo flor...,
y el que no ponga el alma de raíz, se seca.

